

3. ✓ Reflexión sobre el Adviento

El Adviento y la Navidad han experimentado un incremento de su aspecto externo y festivo profano tal, que en el seno de la Iglesia surge de la fe misma una aspiración a un Adviento auténtico: la insuficiencia de ese ánimo festivo por sí solo se deja sentir, y el objetivo de nuestras aspiraciones es el núcleo del acontecimiento, ese alimento del espíritu fuerte y consistente del que nos queda un reflejo en las palabras piadosas con que nos felicitamos las pascuas. ¿Cuál es ese núcleo de la vivencia del Adviento?

Podemos tomar como punto de partida la palabra «Adviento»; este término no significa «espera», como podría suponerse, sino que es la traducción de la palabra griega *parusía*, que significa «presencia», o mejor dicho, «llegada», es decir, presencia comenzada. En la antigüedad se usaba para designar la presencia de un rey o señor, o también del dios al que se rinde culto y que regala a sus fieles el tiempo de su *parusía*. Es decir, que el *Adviento significa la presencia comenzada de Dios mismo*. Por eso nos recuerda dos cosas: primero, que la presencia de Dios en el mundo ya ha comenzado, y que Él ya está presente de una manera oculta; en segundo lugar, que esa presencia de Dios acaba de comenzar, aún no es total, sino que está en proceso de crecimiento y maduración. Su presencia ya ha comenzado, y somos nosotros, los creyentes, quienes, por su voluntad, hemos de hacerlo presente en el mundo. Es por medio de nuestra fe, esperanza y amor como Él quiere hacer brillar la luz continuamente en la noche del mundo. De modo que las luces que encendamos en las noches oscuras de este invierno serán a la vez consuelo y advertencia: certeza consoladora de que «la luz del mundo» se ha encendido ya en la noche oscura de Belén y ha cambiado la noche del pecado humano en la noche santa del perdón divino; por otra parte, la conciencia de que esta luz solamente puede —y solamente quiere— seguir brillando si es sostenida por aquellos que, por ser cristianos, continúan a través de los tiempos la obra de Cristo. La luz de Cristo quiere iluminar la noche del mundo a través de la luz que somos nosotros; su presencia ya iniciada ha de seguir creciendo por medio de nosotros. Cuando en la noche santa suene una y otra vez el himno *Hodie Christus natus est*, debemos recordar que el inicio que se produjo en Belén ha de ser en nosotros inicio permanente, que aquella noche santa es nuevamente un «**hoy**» cada vez que un hombre permite que la luz del bien haga desaparecer en él las tinieblas del egoísmo (...) el niño - Dios nace allí donde se obra por inspiración del amor del Señor, donde se hace algo más que intercambiar regalos.

Adviento significa presencia de Dios ya comenzada, pero también tan sólo comenzada. Esto implica que el cristiano no mira solamente a lo que ya ha sido y ya ha pasado, sino también a lo que está por venir. En medio de todas las desgracias del mundo tiene la certeza de que la simiente de luz sigue creciendo oculta, hasta que un día el bien triunfará definitivamente y todo le estará sometido: el día que Cristo vuelva. Sabe que la presencia de Dios, que acaba de comenzar, será un día presencia total. Y esta certeza le hace libre, le presta un apoyo definitivo (...).

Alegraos en el Señor (...)

“Alegraos, una vez más os lo digo: alegraos”. La alegría es fundamental en el cristianismo, que es por esencia *evangelium*, buena nueva. Y sin embargo es ahí donde el mundo se equivoca, y sale de la Iglesia en nombre de la alegría, pretendiendo que el cristianismo se la arrebatara al hombre con todos sus preceptos y prohibiciones. Ciertamente, la alegría de Cristo no es tan fácil de ver como el placer banal que nace de cualquier diver-

sión. Pero sería falso traducir las palabras: «Alegraos en el Señor» por estas otras: «Alegraos, pero en el Señor», como si en la segunda frase se quisiera recortar lo afirmado en la primera. Significa sencillamente «Alegraos en el Señor», ya que el apóstol evidentemente cree que toda verdadera alegría está en el Señor, y que fuera de Él no puede haber ninguna. Y de hecho es verdad que toda alegría que se da fuera de Él o contra Él no satisface, sino que, al contrario, arrastra al hombre a un remolino del que no puede estar verdaderamente contento. Por eso aquí se nos hace saber que la verdadera alegría no llega hasta que no la trae Cristo, y que de lo que se trata en nuestra vida es de aprender a ver y comprender a Cristo, el Dios de la gracia, la luz y la alegría del mundo. Pues nuestra alegría no será auténtica hasta que deje de apoyarse en cosas que pueden sernos arrebatadas y destruidas, y se fundamente en la más íntima profundidad de nuestra existencia, imposible de sernos arrebatada por fuerza alguna del mundo. Y toda pérdida externa debería hacernos avanzar un paso hacia esa intimidad y hacernos más maduros para nuestra vida auténtica.

Así se echa de ver que los dos cuadros laterales del tríptico de Adviento, Juan y María, apuntan al centro, a Cristo, desde el que son comprensibles. Celebrar el Adviento significa, dicho una vez más, *despertar a la vida, la presencia de Dios oculta en nosotros*. Juan y María nos enseñan a hacerlo. Para ello hay que andar un camino de conversión, de alejamiento de lo visible y acercamiento a lo invisible. Andando ese camino somos capaces de ver la maravilla de la gracia y aprendemos que no hay alegría más luminosa para el hombre y para el mundo que la de la gracia, que ha aparecido en Cristo. El mundo no es un conjunto de penas y dolores, toda la angustia que exista en el mundo está amparada por una misericordia amorosa, está dominada y superada por la benevolencia, el perdón y la salvación de Dios. Quien celebre así el Adviento podrá hablar con derecho de la Navidad feliz bienaventurada y llena de gracia. Y conocerá cómo la verdad contenida en la felicitación navideña es algo mucho mayor que ese sentimiento romántico de los que la celebran como una especie de “diversión de carnaval”.

Estar preparados...

En el capítulo 13 que Pablo escribió a los cristianos en Roma, dice el Apóstol lo siguiente: “La noche va muy avanzada y se acerca ya el día. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz. Andemos decentemente y como de día, no viviendo en comilonas y borracheras, ni en amancebamientos y libertinajes, ni en querellas y envidias, antes vestíos del Señor Jesucristo...” Según eso, *Adviento significa ponerse en pie, despertar, sacudirse del sueño*. ¿Qué quiere decir Pablo? Con términos como “comilonas, borracheras, amancebamientos y querellas” ha expresado claramente lo que entiende por «noche». Las comilonas nocturnas, con todos sus acompañamientos, son para él la expresión de lo que significa la noche y el sueño del hombre. Esos banquetes se convierten para San Pablo en imagen del mundo pagano en general que, viviendo de espaldas a la verdadera vocación humana, se hunde en lo material, permanece en la oscuridad sin verdad, duerme a pesar del ruido y del ajetreo. La comilona nocturna aparece como imagen de un mundo malogrado. ¿No debemos reconocer con espanto cuan frecuentemente describe Pablo de ese modo nuestro paganizado presente? Despertarse del sueño significa sublevarse contra el conformismo del mundo y de nuestra época, sacudirnos, con valor para la virtud y la fe, sueño que nos invita a desentendernos a nuestra vocación y nuestras mejores posibilidades. Tal vez las canciones del Adviento, que oímos de nuevo esta semana se tornen señales luminosas para nosotros que nos muestren el camino y nos permitan reconocer que hay una promesa más grande que la del dinero, el poder y el placer. Estar despiertos para Dios y para los demás hombres: he ahí el tipo de vigilancia a la que se refiere el Adviento, la vigilancia que descubre la luz y proporciona más claridad al mundo».

Juan el Bautista y María

Juan el Bautista y María son los dos grandes prototipos de la existencia propia del Adviento. Por eso, dominan la liturgia de ese período. ¡Fijémonos primero en Juan el Bautista! Está ante nosotros exigiendo y actuando, ejerciendo, pues, ejemplarmente la tarea masculina. Él es el que llama con todo rigor a la metanoia, a transformar nuestro modo de pensar. Quien quiera ser cristiano debe “cambiar” continuamente sus pensamientos. Nuestro punto de vista natural es, desde luego, querer afirmarnos siempre a nosotros mismos, pagar con la misma moneda, ponernos siempre en el centro. Quien quiera encontrar a Dios tiene que convertirse interiormente una y otra vez, caminar en la dirección opuesta. Todo ello se ha de extender también a nuestro modo de comprender la vida en su conjunto. Día tras día nos topamos con el mundo de lo visible. Tan violentamente penetra en nosotros a través de carteles, la radio, el tráfico y demás fenómenos de la vida diaria, que somos inducidos a pensar que sólo existe él. Sin embargo, lo invisible es, en verdad, más excelso y posee más valor que todo lo visible. Una sola alma es, según la soberbia expresión de Pascal, más valiosa que el universo visible. Más para percibirlo de forma viva es preciso convertirse, transformarse interiormente, vencer la ilusión de lo visible y hacerse sensible, afinar el oído y el espíritu para percibir lo invisible. Aceptar esta realidad es más importante que todo lo que, día tras día, se abalanza violentamente sobre nosotros. *Metanoeite: dad una nueva dirección a vuestra mente, disponedla para percibir la presencia de Dios en el mundo, cambiad vuestro modo de pensar, considerad que Dios se hará presente en el mundo en vosotros y por vosotros.* Ni siquiera Juan el Bautista se eximió del difícil acontecimiento de transformar su pensamiento, del deber de convertirse. ¡Cuán cierto es que éste es también el destino del sacerdote y de cada cristiano que anuncia a Cristo, al que conocemos y no conocemos!

Joseph Ratzinger

4.

✓ PARA REFLEXIONAR

LOS CUATRO DOMINGOS DE ADVIENTO

“Pistas para caminantes...”

El Adviento de este año lo podemos presentar en torno a la imagen de la estrella que, en medio de la noche, guía a los caminantes o peregrinos hacia buen destino. Nos acercamos a la Navidad y si miramos nuestro mundo podremos constatar sin demasiados esfuerzos que vivimos rodeados de incertidumbre, de miedos, temores, agobiados por la inestabilidad laboral, afectiva. Quizás algunos están muy cómodos y todo “va bien”; les ha tocado el lado bueno y no se animan a mirar lo que les ha tocado a otros.

Estamos en un mundo donde todo es provisional y relativo, donde todo “depende de...”. Lo absoluto ha muerto, y se ha enarbolado la bandera de lo relativo por lo tanto todo vale.

En medio de este mar de confusión y desorientación: ¿quién nos guía?, ¿qué señales nos pueden servir para orientarnos en la noche? El Adviento nos presenta una serie de señales, de luces que, como estrellas, nos guiarán hasta el puerto, hasta el misterio de la Navidad donde se da a conocer la verdadera luz que alumbra al mundo. Dios se hace hombre en Jesús de Nazaret y nos trae la Luz, la claridad, aunque en muchas ocasiones sea difícil de vislumbrar.

En medio de la noche una luz brilla y nos marca el destino, es una luz imprescindible para cualquier caminante, para cualquier hombre que sigue buscando, para cualquier cristiano que busca al Señor. Es una luz que se mueve, barre todo el horizonte, de norte a sur y de oriente a occidente, para poder llegar a todos los hombres desorientados en la inmensidad del desierto de la vida. La iniciativa es del Señor, que al vernos desorientados, no deja de iluminarnos el camino, a pesar de que repetidamente le seamos infieles. Cada domingo, se nos muestra un aviso imprescindible para poder llegar a la Navidad.

Los cuatro domingos de Adviento serán cuatro “anuncios para caminantes”, para cristianos que han optado por vivir su fe como una aventura arriesgada, que se encuentran en camino hacia la Navidad. Dios se hace hombre, pero su encarnación es difícil de apreciar porque nunca responde a nuestras expectativas, por eso la liturgia que prepara la Navidad nos ofrece una serie de herramientas y señales que son útiles para cualquier cristiano que no se conforma con lo que hay y busca algo fundamental que ilumine su vida.

Domingo I: ¡Estén despiertos!

Is 2, 1-15: Caminemos a la luz del Señor
Rom 13, 11-14: Reconozcan el momento en que viven”
Mt 24, 37-44: Estén en vela... estén preparados

Nos dice san Pablo “...dense cuenta del momento en que viven”, hagamos un análisis de nuestra vida, de lo que nos envuelve y nos lleva. El primer domingo ya nos marca el itinerario de todo el Adviento: Estén despiertos, estén alerta. Se nos invita a estar despiertos y vigilar en medio de una noche oscura y amenazante, pero quizás no seamos

conscientes de esa noche que nos envuelve, quizás estemos ya acomodados en la rutina y la cotidianeidad.

Vivimos tan distraídos y divertidos, tan alienados y despreocupados, tan dormidos, que nos resbala la vida.

“Vigilen”... “Velen” porque el Hijo del hombre viene en cada momento; porque la verdad y la justicia necesitan ser defendidas en cada instante; porque la solidaridad, como el amor, no descansa; porque la libertad hay que ejercitarla en cada hora. “Vigilen” para no perder la gracia del encuentro cayendo en el conformismo, la despreocupación, el aturdimiento por el consumo de cada día.

La vigilancia es fruto de la fe, de la esperanza y del amor. Vigilamos cuando esperamos, vigilamos cuando creemos, vigilamos cuando confiamos, vigilamos cuando amamos. No dejemos de velar.

Para poder ver la luz en el horizonte y caminar hacia ella son necesarias dos cosas: echar una mirada sobre nuestra vida y la realidad que nos rodea; y estar atentos, mantener viva la capacidad de asombrarnos, de abrirnos a la novedad, porque si no miramos el horizonte puede ser que se nos pasen de largo las estrellas.

- *¿Cuáles son las penumbras de mi vida? Las incertidumbres, las dudas, los miedos.*
- *¿Estoy conforme con mi vida, con lo que soy, lo que hago y lo que tengo?*
- *¿Cuáles son las luces, las esperanzas de mi vida? ¿Hacia dónde me dirijo?*
- *¿Qué es lo que me ilumina?*
- *¿Qué personas me pueden ayudar a vivir vigilante?*

Domingo II: ¡Conviértanse!

Is 11, 1-10: Brotará un renuevo del tronco de Jesé

Rom 15, 4-9: Que Dios, fuente de toda paciencia y consuelo, os conceda estar de acuerdo entre ustedes...

Mt 3, 1-12: Preparen el camino del Señor... Den el fruto que merece la conversión

La segunda señal que encontramos en el adviento es la invitación explícita a la conversión. Si realmente hemos mirado seriamente nuestra vida a la “Luz del Señor” no nos puede sorprender esta exhortación. El camino hacia la Navidad, al encuentro con Dios que se hace carne de nuestra carne pasa por un esfuerzo de transformación personal, no podemos presentarnos ante Él con lo mismo de siempre, algo hay que cambiar en nuestra vida para que ese camino se vaya clarificando.

La primera figura que hoy contemplamos es la del brote. ¡Cómo nos emociona que de un viejo tronco salga un brote nuevo! Es un triunfo de la vida, un himno de primavera.

Tenemos una promesa hecha por Dios que no fallará “saldrá un brote del tronco de Jesé”. Todos tenemos que hacer esfuerzos para renovarnos. Es lo que llamamos conversión.

Andamos de espaldas a la luz, tras otras luces que nos encandilan. Vivimos con el cansancio auestas, con la rutina pegada a la piel, con la tristeza en los ojos, con la duda en la mente y el desencanto en el corazón. Nos instalamos en la mediocridad y tememos a la novedad. Nos casamos con nuestros pequeños y grandes egoísmos y nos divorciamos de la generosidad. Nos adaptamos al ambiente y tememos ser distintos. Nos integramos en el sistema, tan injusto, y acallamos lo que suena a profecía. Es lo viejo. Juan Bautista nos abre los ojos ante esta situación y su denuncia nos hace sentir la nos-

talga del puerto. Dejemos que el Espíritu del Padre sople sobre este viejo tronco y haga resurgir la vida.

Evidentemente la conversión no es algo fácil ni automático, requiere mucho esfuerzo por nuestra parte, confianza en la gracia de Dios y paciencia para perseverar en el camino y no dejarnos llevar por otras luces que nos engañen y nos desvíen de nuestro destino.

- *¿Dónde me encuentro en este momento de mi vida?*
- *¿Qué dificultades encuentro en mi caminar hacia la Navidad? ¿Qué me desorienta?*
- *¿Qué he de hacer para orientar mi rumbo hacia Dios?*
- *¿En qué o quién pongo yo mi confianza y mi esperanza?*

Domingo III: ¡Alégrense!

- Is 35, 1-6^a. 10: El desierto y el yermo se regocijarán... se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán, saltará como un ciervo el cojo...*
- St 5, 7-10: Tengan paciencia también ustedes, manténganse firmes, porque la venida del Señor está cerca.*
- Mt 11, 2-11: ...los ciegos ven, los inválidos andan... y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia.*

Aunque la noche pueda parecer muy oscura y el mar muy bravo, aunque las dificultades parezcan ahogar nuestro anhelo de cambiar hay algo que mantiene viva la esperanza y alegra nuestro corazón: Es la certeza y la confianza de que en el horizonte siempre está esa luz que nos marca el camino; que al final Dios nunca nos defrauda porque la luz que nos orienta es Él mismo, porque su promesa es Él mismo.

La causa de nuestra alegría es que al final no nos espera un puerto más, una promesa más, sino Dios mismo, el cumplimiento definitivo de la promesa.

El Evangelio es el anuncio de una inmensa alegría. Esta alegría -y también la conversión a que se invitaba el domingo anterior- ha de ser fermento de un nuevo mundo, de un nuevo orden que relucirá por la transformación de la sociedad, del sistema, donde los últimos serán los primeros, los cojos andarán, los ciegos verán... y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia. Buena Noticia para todos, porque todos somos "pobres".

Un misterio de alegría. Se acabaron las caras tristes, las celebraciones "serias" y rutinarias. La fe es una fiesta. Que se viva. Que se nos note. Que nuestra alegría no sea impuesta, vacía o falsificada. La verdadera alegría no se compra en nuestros shoppings, ni se encuentra en salas de fiesta. Es un dar. Brota de dentro. Pero eso sólo puede ser si nosotros colaboramos en dicha transformación, los cambios no se dan por sí solos; los milagros son los que Dios hace a través de nuestros corazones y nuestras manos.

- *¿Con qué talante voy por la vida? ¿Cómo es mi navegar?*
- *¿Cuál es la raíz de mi felicidad, de mi alegría?*
- *¿Hasta qué punto soy fermento transformador de la sociedad?*
- *¿Qué te sugiere esta frase?: "Lo que alegra mi corazón da alas a mis pies"*

Domingo IV: ¡Confíen!

- Is 7, 10-14: El Señor, por su cuenta, les dará una señal.*

Rom 1, 1-7: *El Evangelio es la Buena Noticia anunciada para toda la humanidad*
Mt 1, 18-24: *José, hijo de David, no tengas miedo...*

“Confíen”, la fe es vuestra victoria; pero nosotros buscamos ayudas, influencias y recomendaciones, porque sin eso no se triunfa, ni se consigue nada. Somos cada vez más desconfiados. Nos juzgamos unos a otros. Buscamos segundas intenciones. Se origina así un círculo vicioso de desconfianza que todo lo complica. *“Si confías, decimos, abusan de ti los listos...”*.

Mirando el horizonte podemos fijarnos solamente en la oscura noche, o bien podemos asombrarnos por la luz que incesantemente se nos muestra y nos guía en el andar. Todo depende de cómo uno se lo tome y lo positivo que seamos ante las circunstancias que se nos presentan. La vida se presenta con contradicciones y a nosotros nos toca verlo de una manera u otra.

Hoy, más que nunca, estamos llamados a confiar, a ser esperanzados ante las dificultades, aunque estas parezcan muy oscuras y amenazadoras. José, es nuestro mejor ejemplo; quien en medio de las dudas y la sospecha acaba confiando en el Señor. En el seguimiento de Jesús es imprescindible caminar siempre guiados por la fe pero con absoluta confianza.

Sólo la confianza en Dios, en su luz puede hacernos llegar al puerto tan esperado. Si ponemos la confianza en nuestras solas fuerzas es posible que nos desviemos del itinerario marcado por las luces del camino, es posible que nos aferremos demasiado a nuestros propios méritos y logros y al final terminemos siguiendo pseudosalvadores y arribando a destinos inciertos.

- *¿Qué sospechas o dudas me acechan en la fe? ¿Qué me hace tambalear?*
- *¿Por dónde hago agua?*
- *¿Qué luces me desvían del rumbo?*
- *¿En qué o quién pongo yo mi confianza?*